
Fernando Charry Lara

Cuando, a mediados de 1939, se proyectaba en Bogotá la próxima aparición de los cuadernos de poesía *Piedra y Cielo*, a Aurelio Arturo, que por algún tiempo se había silenciado, no dejaba de reconocérsele por haber sido el autor de unos poemas singularmente originales y, por eso mismo, extraños a las modas poéticas que se insinuaban en la época. Publicó los primeros hacia 1927. Eran como balbucientes, leves y cadenciosos, y en su armoniosa combinación de pausas fluía trémulamente, morosamente, la atmósfera rural en que transcurrió la infancia del poeta: el poblado de La Unión, al nordeste de la verde y nemorosa región nariñense, al sur de Colombia. Desde ese comienzo, cuanto escribió estuvo íntimamente fundido con su existencia.

Su propensión a la vaguedad, melodía, evocación y sugerencia podía acaso emparentarlos, ante la mirada crítica, con la más cernida herencia simbolista que había recibido, desde finales de siglo XIX, la mejor poesía de nuestra lengua. Por lo tanto, eran completamente ajenos a toda exuberancia verbal, a todo oropel, a toda sonoridad. Sus palabras sencillas rememoraban la intimidad del mundo que en su niñez y adolescencia le había sido mágico con la luz, los bosques, los árboles, las aguas de un entorno hechizado. El muchacho que escribió aquellos renglones seguía sus estudios en una facultad de Derecho de la capital colombiana. Allí se relacionó con otros jóvenes que miraban con gran ilusión al gobierno liberal recién instaurado después de cuarenta y cinco años de república conservadora. Con el fervor y la inteligencia de valiosos dirigentes, y en medio de un arrollador empuje popular, prometían desarrollarse imprescindibles cambios con el propósito de modernizar la vida social y política, dignificar el trabajo y lograr una equitativa distribución de la riqueza entre los colom-

bianos. Se soñaba, sin advertir la más sombría reacción cercana, en un país libre, justo y poderoso. Aurelio Arturo, contagiado de aquel entusiasmo, quiso escribir también algunos cantos a los trabajadores y a su ansiada redención. No fueron muchos y el poeta intenso que era, alucinado por descubrir el alma del paisaje y por desvelar su propia alma, no volvió jamás a escribirlos. No puede haber duda de que perseveró en su fe democrática y progresista, pero ante sus amigos muy raras veces, en la charla cotidiana, se interesó por las ideas y por las turbiedades o los desenlaces políticos. Quienes dirigían la publicación de los cuadernos Piedra y Cielo, título que había sido de un libro de Juan Ramón Jiménez, tuvieron la intención de que en ellos figuraran aquellos que eran reconocidos como autores de la mejor poesía joven de Colombia en ese momento. No resulta hoy difícil decir que la mayoría de ellos mostraba una común orientación poética, formada con el ejemplo de varios españoles de la Generación del 27, como Salinas, Diego, Lorca y Alberti, principalmente, y con el de hispanoamericanos como Huidobro y Neruda. Algunos de los patrocinadores hasta se reconocían directos discípulos de «nuestro santo padre Juan Ramón» y eran frecuentes sus menciones a la poesía pura francesa que, de tarde en tarde, reconocían mejor en el riguroso y diamantino Cántico de Guillén. No pareció, en contraste, interesarles la aventura surrealista. Y por entonces escasamente circulaban en América los primeros poemas de César Vallejo. El tema dominante era fatalmente, casi de manera unánime, el del sentimiento amoroso. Sus libros de cabecera debieron de ser, así, la histórica antología de Gerardo Diego y la primera obra nerudiana, aunque apenas uno o dos mostrasen simpatía por el hermetismo y complejidad de las Residencias. Se quiso también que participaran en estos cuadernos algunos poetas ligeramente mayores en edad que se habían dado a conocer en los años siguientes a los de la generación de «Los Nuevos» (correspondiente en Colombia a los «Contemporáneos» mexicanos y a los «Martinferristas» argentinos) y que representaron, por haber surgido antes, tendencias de algún modo diversas a las de quienes se constituían, bajo el signo de Piedra y Cielo, en un nuevo y renovador grupo poético. Se escogieron unos pocos de los que habían aparecido en revistas y suplementos dominicales de los últimos años. Pero ya entonces la mayoría de ellos se había entregado a otras actividades, ajenas a cualquier intención literaria, y de inmediato no quiso atender la invitación. Fue así como en la nómina inicial no vinieron a mencionarse sino aquellos que efectivamente publicarían luego sus poemas en las entregas de Piedra y Cielo, junto a los nombres de Antonio Llanos y Aurelio Arturo. Llanos vivía en Cali y con frecuencia venía a Bogotá a la tertulia piedracielista del Café Victoria y su dedicación a la poesía amorosa y a lo hispánico le vinculaba especialmente a ese grupo. Pero él y Arturo, a pesar de reiteradas solicitudes, se negaron a ser editados allí. Una relación cordial siguieron ambos manteniendo con los miem-

bro de Piedra y Cielo. Pero Aurelio, que propiamente no era un solitario, prefería estar un tanto al margen de ese y de cualquier otro corrillo literario. En los últimos tiempos vino en cambio a rodearse y tener la compañía, en la mesa del café, de escritores jóvenes que admirativamente le trataban como a su maestro, nominación que hasta llegó a repugnarle.

Le conocí personalmente en el último año de mis estudios secundarios, cuando se desempeñaba como juez permanente de policía en el centro de la ciudad. Ése era el cargo que le habían asignado sus influyentes amigos, ya poderosos ministros o embajadores, y él asumía la modesta posición con un tanto de humor y quizá secreta conformidad. Mucho más tarde ejerció mejores funciones en las ramas administrativa y judicial. Había yo leído, adolescente, algunos poemas suyos en colecciones de prensa literaria y sentía gran curiosidad por tratarle de cerca y saber de lo que opinara acerca de la poesía y de los poetas que al año siguiente iban a agruparse, como he dicho, en Piedra y Cielo. Recuerdo que, afable con su nuevo amigo, nunca le dio respuesta concreta acerca de ello. Por lo que pude sospechar, midiendo sus silencios y a veces la malicia de su sonrisa, que el callado juicio no podía ser favorable a esa poética que comenzaba, con sonetos, liras y otras formas ceñidas de versificación regular y estricta, a rodearse de partidarios entre muchas gentes del país. Seguí tratándole sin intervalos, casi a diario, movido por el afecto y la admiración. Me hizo leer autores y obras que habían conmovido su agudísima sensibilidad. Llegamos a tener una amistad estrecha por haber llegado a compartir no sólo gustos y opiniones sino también, infortunadamente, dificultades derivadas de la dramática situación que desde entonces comenzamos a vivir en Colombia. Vivir esa vida ha sido para muchos lo mismo que estar muerto. Pero prefiero recordar su compañía, su juventud, su lucidez, siendo a ratos alegre, a ratos casi taciturno. O, caminantes bajo la noche, ir hacia algún escondrijo de la ciudad. Porque, sin jamás ser bohemio, amaba irresistiblemente la voluptuosidad. Seguramente por eso prefería, mirándolas largamente, los cafés atendidos por esbeltas y prontas muchachas. Ya Pedro Gómez Valderrama contó el celoso regocijo con que a veces llevaba de la mano algún libro escabroso. Debería éste ensimismarle tanto como cualquiera de sus apasionadas lecturas de poesía, narrativa, historia o ensayo.

Creo que había definitivamente olvidado cualquier referencia a sus más antiguos poemas y sólo se reconocía en unos pocos, menos lejanos, que irían después a recogerse en su tomo único. Los tenía pasados a un cuaderno escolar que generosamente me dio a leer. Días después, Jaime Ibáñez los conoció y, como estaba editando los cuadernos Cántico con el patrocinio de la Librería Siglo XX, escogió trece de ellos para la entrega que dedicó a Aurelio. Era la primera vez, en 1945, que sus poemas se vieron reunidos en una publicación y esta circunstancia favoreció la feliz difusión de su poesía entre lectores jóvenes

que no habían tenido oportunidad de saber de ella. Se despertó entonces, en entusiastas círculos, sorpresa ante la obra y un inmenso cariño a la persona, que parecía haberse voluntariamente mantenido en la sombra. Muchos comenzaron a señalarle desde ese momento como el primer poeta vivo de Colombia. Fascinaron sus vocablos estrechamente entrañados con nubes y ramajes en reiterada música que aguas o vientos o árboles repiten y prolongan, y el ritmo lento, a veces entrecortado, a veces silencioso como el del hombre que de pronto olvida lo circundante y habla consigo mismo. La naturaleza era una sola con su escritura. A pesar de mostrarnos, como toda auténtica poesía, el lado invisible de las cosas, su lenguaje era terso y desnudo. Pero, a pesar de esta transparencia, otras veces aparecía hermético. Y, de todos modos, inimitable. Aurelio era tímido y silencioso, pero profundamente orgulloso de sí mismo y convencido como nadie de su gran don poético.

Poco después entregaba a la revista Universidad Nacional de Colombia el texto de Morada al sur, que acrecentó enormemente su figura. Confió entonces a algún amigo que se proponía escribir otro poema largo: sería sobre Cristóbal Colón o el descubrimiento de América. Nada se supo después de ello. También varias veces le rememoraría la extrañeza que, llegado a Bogotá, le produjo la singular persona de Porfirio Barba Jacob añadiéndole la estimación que sentía por algunas de las que el errante modernista llamaba diminutivamente sus «canciones». En 1963 publicó su libro, que le mereció el Premio Nacional de Poesía. Antes había fundado con gente joven y casi desconocida un programa radial literario, Voces del Mundo, vinculándose más tarde a la revista de poesía Golpe de dados. Y después pausadamente, como siempre, vinieron diáfanos y delgados versos finales, de inefable y difícil desnudez verbal, junto con sugerentes versiones del inglés, lengua que mucho apreció en poetas y ensayistas. Luego calladamente esperó, como había previsto, «hasta que la muerte agregue mis párpados / como dos hojas más a su follaje oscuro».

Considerando el formalismo de cierta poesía de su tiempo, algunos pensaron que la creación de Aurelio Arturo era extraña a una preocupación obsesiva, como la de otros, por la forma poética. Desde luego, esta presunción era enteramente equivocada. Porque escogió minuciosamente, desveladamente, cada una de las palabras de sus poemas, cuidadoso de aliar en ellas su sentido a su sonido, su materia a su espíritu. Esa inquietud por la total eficacia del lenguaje en sus diversos aspectos hizo que pueda considerársele no solamente como verdadero poeta sino como logrado artista de la palabra. Es decir, algo que no se concede sino en casos verdaderamente relevantes. De ahí vendría la meditada reelaboración que hizo de fragmentos de antiguos poemas juveniles, presumiblemente olvidados. No, no los había olvidado, sino que insinuantemente los conservaba en su memoria poética, y con restos de ellos escribió algunos de sus memorables poemas. De ahí también la seguridad de su concepción de la poesía

como fruto del sueño y la vigilia, de la imaginación, la sensibilidad y la inteligencia.

Sería largo hablar de la pureza de la vida personal de Aurelio Arturo, de la riqueza y hondura de su espíritu, de la naturalidad de su trato o de la dignidad con que supo mantener siempre su compostura aparte de las intrigas de los eternos pedigüeños y trepadores. Y recuerdo las palabras con que finalicé en diciembre de 1963 una página que celebraba la primera edición de Morada al sur: «En raras ocasiones llega el conocimiento de una obra poética no sólo a producir el asombro sino, más aún, a mover el ejercicio de una vocación. De mí quiero afirmar que cuando la pasión inicial por la poesía se dispersaba entre varias direcciones no coincidentes con aquello que, más tarde, ha logrado en parte expresarla, pude reconocer en los poemas de Aurelio Arturo una orientación hacia nuevas posibilidades de concebir lo lírico. Han pasado los años. Sigue maravillándonos cuanto existe de gravedad, embeleso y transparencia en esos poemas. Su creación ayudó a hacernos comprender que lo mágico es sólo la consecuencia de un profundizar en la realidad, horadándola: de ahí el amor de su poesía por lo real y lo concreto. Un sol, que es el sol de una tarde de Colombia, dora lentamente el lenguaje y en palabras acerca horizontes, tibios cuerpos de mujeres, lejanías. La transmutación de una densidad nacional en imagen constituye vivo aliento de esta poesía que, como él mismo la ha definido, “es un país que sueña”».